

## Notas para una supervivencia feminista / Asombro feminista

Mayte Cantero-Sánchez

Universidad Autónoma de Barcelona  
*mayte.cantero@uab.cat*

### PALABRAS INTRODUCTORIAS

En el primer texto aquí traducido, Sara Ahmed dice lo siguiente: “Quebrar, ese momento en el que la presión ha aumentado y desbordado, puede ser la base para una revuelta, una revuelta en contra de lo que se nos pide que soportemos. Luchamos por lo que es necesario”. La pensadora australiano-británica nos convoca a pensar en la fuerza del quiebre y de lo que acontece después de él. Al visitar este artículo en noviembre de 2019<sup>1</sup>, las palabras de Sara Ahmed emergen ante mí con tono programático ya que ilustran el momento histórico chileno: quebrar, un mínimo aumento de una presión sobre las vidas que siempre fue excesiva y desborda el silencio social (“no son treinta pesos, son treinta años”). Quiebre, luego revuelta: se inicia una revuelta en contra de lo que se pidió soportar, en contra del neoliberalismo más exacerbado, en contra del patriarcado de Estado.

Se podría decir que Sara Ahmed es una especialista en quiebres: doctora en Teoría Crítica por la Universidad de Cardiff (1995), ha sido profesora en Estudios de la Mujer en la Universidad de Lancaster (1994-2004) y en Estudios Culturales y Estudios Raciales en la Universidad Goldsmiths de Londres (2004-2016). Abandonó este último puesto por una ruptura con su institución. Precisamente: un quiebre causado por la pasividad y la indiferencia por parte de una universidad progresista a la hora de plantar cara de manera contundente a los casos de acoso sexual sistemático que se estaban dando en ella. Este quiebre fue el inicio de una nueva etapa como académica

independiente que estudia los usos (y malos usos) de conceptos en las instituciones y en la vida cotidiana. Estas reflexiones posteriores a la vida institucional se han recogido en el libro *Living a Feminist Life* (2017), traducido al español como *Vivir una vida feminista* y publicado por la editorial Bellaterra en 2018. En él, la autora, a medio camino entre el ensayo creativo, la teoría y la autobiografía, desarrolla qué significa devenir feminista: al quiebre le sigue meter la teoría feminista en casa; quebrar también lleva a sacarla a las calles. En su noveno y último libro, *What's the use: On the uses of Uses*, de reciente aparición (octubre 2019), Ahmed sigue reflexionando sobre el quiebre con la institución cerrando lo que considera una trilogía en su recorrido intelectual. En primer lugar, en *The Promise of Happiness* (2010), traducido al español como *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría* (2018) por la editorial Caja Negra, la académica analiza las concepciones y usos de la felicidad para perpetuar el *statu quo* capitalista, cisheteronormado y racista: la felicidad se adhiere a la perfección a los mandatos sociales de acumulación de capital (económico y cultural), las normas de reproducción social heteronormadas y la blanquitud como paradigmas deseables. En el libro *Willful Subjects*, de 2014 (sin traducción al español por el momento), la autora rastrea la historia intelectual de la voluntad, esto es, del precio de ser un sujeto con voluntad propia, con voluntad de cambio, rastreando usos feministas –cabezotas, obcecados– de la voluntad subversiva en la historia cultural. Su obra se enmarca en la intersección de los estudios críticos de la raza, los estudios queer y los estudios culturales sobre los afectos, analizando la historia intelectual y cultural de nociones claves en la construcción de cuerpos y relaciones de poder y en los mecanismos de sujeción a través de prácticas cotidianas e institucionales.

Además de las obras ya mencionadas, otros trabajos de la autora son *Differences that Matter: Feminist Theory and Postmodernism* (1998), *Strange Encounters: Embodied Others in Post-coloniality* (2000), *The Cultural Politics of Emotion* (2004; existe traducción al español, *La política cultural de las emociones*, publicada por el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM en 2015), *Queer Phenomenology: Orientations, Objects, Others* (2006; existe traducción al español publicada por la editorial Bellaterra en 2019) y *On Being Included: Racism and Diversity in Institutional Life* (2012).

Además de estos libros, Sara Ahmed mantiene activo desde 2013 un blog, [feministkilljoy.com](http://feministkilljoy.com). Las entradas de este blog son una forma de articular reflexiones accesibles que posteriormente aparecen en sus obras más teóricas: es un quehacer colectivo que se ofrece a la comunidad virtual. En 2014 empecé a considerar traducir estas entradas del blog, puesto que en ese momento no había ningún libro publicado en español. Así, traduje y convertí en artículos académicos las siguientes entradas detalladas en la bibliografía: “Fragilidad queer”, “Universalismo melancólico”, “Una armada feminista” y “Fatalismo queer”. Los dos textos aquí presentados clausuran este ciclo de traducciones.

El primer texto, “Notas para la supervivencia feminista”, es palabra hablada, palabra de toma: se trata de una invitación a salir a las calles y a generar comunidad desde el feminismo. Cabe puntualizar que el feminismo de Sara Ahmed es un feminismo crítico y radical. Viene del margen, de esa sombra que evoca al convocar el poema de Audre Lorde, proviene del antirracismo y de la crítica al capitalismo y al supremacismo blanco. Sus referentes, el feminismo negro estadounidense y el inicio de la revuelta de Stonewall por parte de mujeres trans de color, componen los intertextos de esta invitación a desarmarse para rearmarse en un conjunto para sobrevivir, en una comunidad en la que el duelo, la militancia, el cuidado y la utopía están presentes.

El segundo texto, “Asombro feminista”, ilustra el momento previo a esta generación de comunidad: es el relato del devenir feminista en un sentido casi fenomenológico. Convertirse en feminista significa subvertir la relación que tenemos con el mundo que nos rodea. Este viaje se inicia juzgando como extraño aquello que hasta entonces era la normalidad; esa relación de extrañeza se instala entre el cuerpo y el mundo, entre el cuerpo propio y otros cuerpos y demanda una reevaluación total de los códigos existentes. La sensación que prima en ese momento es, pues, el asombro: el asombro ante la solidificación de los muros de la historia, el asombro ante la sedimentación de las estructuras de poder. Este movimiento de asombro puede generar una conciencia de estar viviendo bajo parámetros injustos, un quiebre autobiográfico, la ruptura de algunos lazos o una resignificación de valores. Incluso este movimiento de asombro puede provocar “no querer volver a la normalidad porque la normalidad era el problema”,

convirtiéndose así en una base para la revuelta. Por tanto, se trata de utilizar los feminismos (populares, antirracistas, anticapitalistas, indígenas, transfeministas) como una herramienta de antagonismo político que sea eje pivotante de las transformaciones hacia la justicia social por venir.

## BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, Sara. "Una armada feminista". *Lectora* 25 (2019): 417-425.  
—. "Fatalismo queer". *Lectora* 25 (2019): 409-416.  
—. "Fragilidad queer". *452° F* 18 (2018): 196-208.  
—. *What's the use? On the uses of use*. Durham: Duke University Press, 2019.  
—. "Universalismo melancólico". *Altre Modernita* 20 (2018): 1-11.

## NOTAS SOBRE LA SUPERVIVENCIA FEMINISTA<sup>2</sup>

Por Sara Ahmed

Comparto unas palabras que leí hace poco en una vigilia. No hay notas al pie ni referencias; son palabras habladas. Tendré más para compartir pronto.

Solidaridad con mis compañeras<sup>3</sup> aguafiestas, con aquellas que se manifiestan por una vida diferente.

*Notas sobre la supervivencia feminista, con motivo de la Marcha Reclamos la Noche (Reclaim the Night) en marzo, Capilla de Kings's College, Cambridge, 11 de Marzo de 2018.*

Puesto que les estoy hablando en una capilla me parece correcto empezar con Lorde. Ella es, a menudo, mi punto de partida. Audre Lorde, en su extraordinario poema "Letanía de supervivencia", habla de esas que "no se suponía que fueran a sobrevivir", aquellas para las que la supervivencia requiere creatividad y trabajo, aquellas para quienes la supervivencia es políticamente ambiciosa. Déjenme compartir algunas líneas de ese poema:

*Para aquellas de nosotras que vivimos en la orilla  
sobre el filo constante de la decisión  
cruciales y solas  
para aquellas de nosotras que no nos podemos abandonar  
al sueño efímero de la elección  
para quienes amamos en los umbrales*

*mientras vamos y volvemos  
en las horas entre amaneceres*

A través del arte de la descripción sencilla, Lorde nos evoca una primera persona del plural, un nosotras que vive y ama en los límites, en los portales, en las sombras, un nosotras que cae tal y como caen las sombras; las caídas, aquellas para las que mostrarse completamente entraña peligro, aquellas para las que la supervivencia puede requerir no salir a plena luz del día.

Podemos empezar a escuchar una afirmación: que la supervivencia para algunas requiere crear una vida a partir de experiencias devastadoras<sup>4</sup>, ese tipo de experiencias que te dejan frágiles, cerca del límite, “en la orilla”. Es porque somos frágiles que tenemos que luchar; a veces por la vida. Lorde insiste que “preocuparme por mí misma no es un acto de autocomplacencia sino de autopreservación, y esto es un acto de lucha política”. Ella está hablando de su propia experiencia batallando contra el cáncer, del diagnóstico de que su cáncer se había extendido por el hígado. Compara batallar contra el cáncer con vivir con el racismo anti-negro, una comparación que es profundamente efectiva al mostrarnos cómo el racismo puede ser experimentado como un ataque en el cuerpo. Lorde se niega a no luchar por la vida.

Es subversivo luchar por la vida cuando te han dado una sentencia de muerte.

Feminismo: estamos luchando por nuestras vidas. Y estamos luchando contra un sistema. Un sistema puede estar sostenido por la violencia. Puede ser la violencia que sigue al hecho de ser vista como niña o mujer, por qué no estás sonriendo querida, comentarios que se te lanzan mientras te están expulsando, o violencia física o sexual en casa o en las calles. La violencia hace cosas: puedes retirarte del mundo, ocupando menos y menos espacio, puedes sentir menos, o sentir que vales menos. Puede ser la violencia que se deriva de no ser legible como mujer: eres un chico o una chica, la pregunta va goteando con hostilidad: la violencia que insiste en que tienes que poder ser legible como una cosa o la otra. Puede ser la violencia que se deriva de no actuar adecuadamente, no actuar como deberías, no caminar adecuadamente, no hablar adecuadamente, que no te gusten las cosas adecuadas porque no es lo que a un chico o a una chica le

debería gustar, o debería ser o hacer, es una violencia que castiga la desviación de una norma.

La desviación es dura. La desviación es convertida en algo duro.

La violencia se cierne sobre la persona desviada. Destacas del entorno.

Cuando eres negra o marrón en un mar de blanquitud; devienes visible.

Puede ser la violencia de que te profieran insultos o que te pregunten una y otra vez, y las preguntas pueden ser agotadoras para alguien para quien existir, ser, significa ser cuestionada: ¿De dónde eres? ¿De dónde eres realmente? Las preguntas son afirmaciones ocultas: es como decir que marrón, negro, no es de aquí, no aquí, *no*.

Puede ser la violencia que se deriva de ser vistas como dos mujeres juntas, lesbianas, como si por no estar en relación con un hombre no existieran. Puede ser la violencia de ser entendida como el foco de la violencia dirigida en tu contra como si, por ser quien eres, hubieras provocado dicha violencia. Puede ser la violencia de cuando señalas la violencia y se entiende que eres tú quien está causando la pérdida de algo, de una armonía o paz. Por analogía, cuando las mujeres de color señalamos el racismo se nos considera que estamos causando divisiones. Puede ser la violencia de tener que señalar que los espacios son inaccesibles porque siguen reservando espacios inaccesibles, puede ser la violencia de tener que luchar simplemente para entrar en un espacio. Puede ser la violencia de cuánto trabajo tienes que hacer para existir...hasta llegar a sentir que tu existencia se reduce al trabajo. Puede ser la violencia de no poder acudir a nadie para escapar de la violencia porque eres pobre, o porque temes que te vayan a quitar tus hijxs; o que te obliguen a irte porque no tienes los papeles en regla. La interseccionalidad puede significar esto: cómo se intersectan las estructuras: cómo la vulnerabilidad a la violencia es distribuida de manera desigual. bell hooks lo llama “patriarcado capitalista imperialista y supremacista blanco”.

Aquellas que experimentan la violencia de un sistema son las que conocen dicho sistema de una manera más íntima. Sabemos mucho de cuándo hemos parado, de lo que no podemos ser o hacer. Aquellas que están avaladas por el sistema a menudo niegan y negarán la existencia de dicho sistema. Gran parte de nuestra lucha es la lucha por exponer la violencia del sistema. Quiero pensar en esa lucha por exponer la violencia como quiebre<sup>5</sup>, como lo que yo denomino, un quiebre feminista. Probablemente todas hemos tenido experiencias de quebrar; quebrarse es una experiencia cotidiana si bien no nos quebramos todos los días. El feminismo también es cotidiano: el feminismo es lo que hacemos al vivir nuestras vidas de una manera feminista. Un quiebre a menudo proviene de lo que es agotador. Tal vez estás intentado aguantar algo, el constante menosprecio de tu existencia, las bromas machistas, las bromas racistas, que no son divertidas y por ello no nos reímos. No siempre podemos permitirnos expresarnos: el machismo y el racismo pueden hacer que salga caro nombrar el machismo y el racismo. Pero es constante y estás comenzando a estar cansada, molesta, frustrada, no quebrar puede ser un duro trabajo: no cuestionar lo que está desautorizando tu existencia puede minar tu existencia. Pero luego llegas a un punto en el que ya no lo puedes aceptar más, ha sido suficiente, al final puede ser algo pequeño que es demasiado y quiebras.

Un quiebre o el sonido fuerte de una ruptura puede ser lo que sale a la luz cuando la situación ha sido más que suficiente; pero un quiebre o sonido fuerte puede ser también la forma en la que el mundo te percibe. En mi trabajo he explorado, reclamado y afirmado la figura de la aguafiestas feminista, la que se cruza en el camino de la felicidad o la que, simplemente, se cruza en el camino. La aguafiestas feminista es enérgica: se la percibe como si gritara hable como hable, puesto que lo que argumenta, las palabras que usa, palabras como machismo, palabras como racismo, únicamente para argumentar, usar esas palabras es percibido como gritos, como abrasiones, como si por abrir tu boca estuvieras rompiendo algo. Si señalar el racismo y el machismo significa causar infelicidad, entonces estamos bastante dispuestas a causar infelicidad. Nos convertimos en unas bocazas cuando no les gusta lo que sale por nuestras bocas.

Y a veces, necesitamos romper algo, la idea de quienes somos, o quienes seremos, para poder hacer nuestras vidas posibles. Tal vez tengamos que romper un vínculo, puede ser un vínculo familiar o un vínculo con otra persona o con un nosotrxs. Un vínculo puede ser violento. Lo que hace duro vivir con violencia es cómo de duro se hace imaginar siquiera la posibilidad de superar esta situación: puedes estar aislada; puedes ser materialmente dependiente; puedes estar muy unida a esa persona, o creer a esa persona cuando dice que va a cambiar; puedes haberte convertido en parte de esa persona, tener tu vida tan entrelazada con esa persona que sea duro imaginarse que quedaría de ti si te fueras. Y pese a todo ello, puede haber un punto, un punto de inflexión, cuando es “demasiado” y lo que no parecía posible se convierte en necesario. Ella lucha, ella se expresa. Tiene lugares a los que acudir porque otras mujeres ya han estado en esa situación.

Un vínculo del destino, un vínculo letal. El género puede ser un vínculo letal.

No hay duda de que abandonar una situación de violencia puede ser como un quiebre: un vínculo del destino ha sido, de hecho, quebrado.

Tiene lugares a los que acudir: tenemos lugares a los que acudir porque otras personas han estado en esa situación. Es importante que nos juntemos como mujeres y personas no binarias para pensar en la historia que nos precede y que hace posible que estemos aquí; que hace posible que sigamos la lucha y reclamar la noche. Pienso en las feministas negras y en las feministas de color, activistas y académicas trabajando en el Reino Unido que hicieron posible que yo estuviera aquí, Gail Lewis, Avtar Brah, Heidi Mirza, Ann Phoenix, por nombrar algunas: hay muchas más porque hubo muchas antes de la academia, pienso en mi madre Maureen, mis hermanas Tanya y Tamina, mi tía Gulzar Bano, feminista musulmana, la primera mujer que me habló sobre feminismo, ella también era una poeta que me enseñó lo que se podía hacer con las palabras; mi pareja Sarah y mi perro Poppy. Todas nosotras: todas traemos otras con nosotras. También traemos nuestras historias, cada una de nosotras, diferentes historias que nos han permitido estar en este espacio, y un espacio puede ser lo que habitas pero también una actividad; hacer espacio con las otras, para

las otras. Hay muchas más que ya no están con nosotras. Tenemos el derecho de llorar sus pérdidas, contar sus pérdidas, expresar nuestro dolor; les que se fueron muy pronto, demasiado pronto. Pienso en Saba Mahmood, que murió ayer; una feminista de color y académica, una camarada<sup>6</sup>. Os agradezco por todo lo que nos habéis dado, todo lo que nos habéis dejado: os agradezco vuestras palabras, sabiduría y calidez. Feministas de color trabajando en la academia: tenemos caminos para recorrer porque vosotras los creasteis.

Una vigilia: estar despierta con una persona que está muriendo; señalar o llorar, protestar, rezar: contar nuestras pérdidas, contarla como pérdida, o, tomando prestado el nombre de una campaña reciente en respuesta a la violencia en contra de las mujeres negras, #SayHerName –quiero agradecer aquí el trabajo importante de Kimberlé Crenshaw y Andrea Ritchie.

#SayHerName; decir su nombre. Tenemos que luchar por llamar la atención sobre la violencia. Un quiebre feminista puede ser pensado también un sistema de comunicación alternativo. A veces es demasiado arriesgado exponer la violencia del sistema. Puede ser duro, por ejemplo, hablar sobre la violencia que pasa en las universidades. Dejé mi propio puesto en una universidad porque no estaba dispuesta a permanecer callada sobre el acoso sexual, porque no quería reproducir la violencia que no estaba siendo confrontada. Cuando eres precaria puede ser incluso más duro elevar una queja sobre violencia; puede ser que no sientas tener un punto de apoyo suficientemente asegurado. Cuando contarlo es demasiado peligroso, tenemos que encontrar otras formas de poner de manifiesto la violencia. Tal vez necesitemos usar tácticas de guerrilla, y ahí tenemos una historia feminista y queer a la que recurrir. Pienso en los disturbios de Stonewall. Hace poco salió una entrevista a Sylvia Rivera en la que explica lo sucedido aquel día. Di su nombre: Sylvia Rivera como una mujer trans de color tiende a no ser recordada cuando se recuerdan estos acontecimientos. Tal y como lo cuenta ella, el quiebre aparece. Era un día como cualquier otro para las que nos juntábamos en el bar, gays, bolleras, trabajadores sexuales, drag queens; una armada racialmente diversa de pervertidas cabezonas, una armada que está acostumbrada a convivir con la violencia policial: una armada para la cual la violencia es habitual. Rivera dice: “Esto es con lo que aprendi-

mos a convivir en esa época, teníamos que vivir con ello”, pero algo pasó ese día. “Tuvimos que vivir con ello hasta ese día. Y después, no sé si fueron las clientas o fue la policía. Simplemente [chasquea sus dedos], todo hizo *click*”. El chasquido de dedos, ese sonido, ese quiebre, el quiebre le permite a Rivera vehicular la sensación de las cosas poniéndose en su lugar, cuando de repente, o pareció repentino pero tardó un rato, un colectivo sale con un “no”, un colectivo que es frágil, fabuloso, completo, furioso: “Todo el mundo estaba en plan, ¿Para qué coño estamos haciendo todo esto?” *Oh, fue tan emocionante. “Era en plan, wow, lo estamos haciendo. Lo estamos haciendo. Les estamos poniendo de los nervios”.*

Un quiebre puede ser pegadizo, incendiando una multitud, todos esos años de frustración, de dolor, todo lo que es agotador, desvelándose, saliendo a la luz, reclamando la libertad para ser lo que han intentado que no seas. Es eléctrico este quiebre, este chasquido; algo se quiebra, quiebra, hierve, sale tanto a la luz cuando algo se desborda. Hacer del quiebre una parte de cómo explicamos la historia de los movimientos políticos muestra cómo el agotamiento y la rebelión pueden venir del mismo sitio; cómo las que están agotadas por la violencia del sistema llegan a rebelarse contra esa violencia, cómo incluso cuando quebrar viene de débil<sup>7</sup>, de estar extenuada, de estar mermada, el quiebre puede ayudar a reiniciar; quebrar puede dar el empujón.

Quebrar, ese momento en el que la presión ha aumentado y desbordado puede ser la base para una revuelta, una revuelta en contra de lo que se nos pide que soportemos. Luchamos por lo que es necesario. Si empezamos con Lorde, podemos acabar con ella también. Audre Lorde habló a menudo de lo que es necesario. La poesía, sugiere, no es un lujo sino una necesidad; tan necesaria como el pan. Las posibilidades son necesarias. Audre Lorde habló a menudo de cómo empezó a escribir debido a la necesidad de crear lo que aún no existía. Dijo: “lo que he producido tiene una vida propia”. La escritura fue para Lorde un gesto inquebrantablemente optimista, un optimismo que brota de –y no pese a– un reconocimiento profundo de la dificultad de sobrevivir. También habló a menudo de la maternidad como un tipo de optimismo negro: educar niñxs negrxs “en las fauces de un

dragón<sup>8</sup> machista, racista y suicida”, criar niñxs con la esperanza de que sus sueños “no reflejen la muerte de los nuestros”.

Para que sus sueños no reflejen la muerte de los nuestros: para eso tenemos que luchar, para no reproducir algunos legados; pero esa lucha también puede ser cómo seguimos aferrándonos a un sueño, pasándolo de generación para que perdure después de que nos hayamos ido. Luchamos porque soñamos un mundo más justo. Tal vez es que entonces, es la misma lucha contra la injusticia la que nos otorga los recursos que necesitamos para construir mundos más justos. Estos recursos pueden incluir una cierta predisposición a causar problemas, a aguar la felicidad, sí, a ser inadaptadas y guerreras, pero también son el humor, la risa, el baile, comer y beber, todas las maneras que tenemos de nutrirnos a nosotras mismas y a las otras. Tenemos que hacer lo que podamos, cuando podamos, parafraseando de nuevo a Lorde, estar “alerta ante la más mínima oportunidad para realizar un cambio”. Una vigilia puede ser vigilante, observadora, atenta: vigilancia como persistencia. Pidiéndonos “estar alerta de la más mínima oportunidad para realizar un cambio”, Lorde se está dirigiendo a ti directamente: haz lo que puedas, cuando puedas, donde puedas.

Nos estamos dirigiendo las unas a las otras también. Cuando hablamos con alguien, abrimos la posibilidad de una respuesta; una ida y vuelta. Feminismo: ida y vuelta, un diálogo, un baile, una oportunidad, lo que tenemos que hacer para poder ser.

Muchas gracias.

## ASOMBRO FEMINISTA<sup>9</sup>

En la última semana he estado trabajando en un capítulo, “El feminismo es sensacional”, el capítulo inicial de *Living a Feminist Life*<sup>10</sup>. Es una extensión, la elaboración de un post del blog que comparte el mismo título. Y he estado pensando más sobre el dolor feminista: cómo las historias que nos dejan frágiles son a menudo las historias que nos traen al feminismo.

Mientras trabajaba en este capítulo, sin embargo, me he dado cuenta de algo: si bien el feminismo puede doler, si bien el feminismo nos puede convertir en más conscientes sobre lo que duele, esto no da cuenta o no da cuenta del todo de cómo me siento yo *en relación*

con el feminismo. Cuando pienso sobre feminismo también me siento esperanzada, a menudo pese a la magnitud de los obstáculos que nos encontramos por el camino, esos muros, esas solidificaciones de la historia. Por tanto, mi capítulo, “El feminismo es sensacional”, se ha convertido en una explicación existencial sobre qué significa devenir feminista. Me interesa ver cómo la conciencia de género (como una forma de dirigir el tráfico humano) puede ser una conciencia sobre el mundo que nos puede devastar. Pero esta devastación es también lo que nos permite abrirnos a la posibilidad. Devenir feminista puede inyectar vida a un mundo al permitirte reconocer no solo que las cosas adquieren forma a lo largo del tiempo, sino que además esta forma no es ni necesaria ni inevitable; que las posibilidades no siempre están perdidas aun cuando las hemos abandonado.

Fue bastante raro ya que me di cuenta de que había escrito sobre ello y de esa misma manera antes. En *The Cultural Politics of Emotion* (2004)<sup>11</sup> escribí sobre el asombro como una emoción feminista clave, junto con la esperanza y la rabia. Déjenme compartir algunos párrafos de dicho texto (2015 271-273):

Nunca he sentido que mi relación con el feminismo sea una relación de negación: nunca se ha reducido a los sentimientos de dolor, indignación o rabia, que, no obstante, por momentos, le han dado a mi accionar político un sentido de urgencia. Se ha sentido como algo más creativo, algo que responde al mundo con alegría y cuidado, así como con atención a los detalles que sorprenden. La pasión del alma de Descartes describe el asombro como la emoción primera y primaria, pues se trata de sorprenderse por aquello que está frente a nosotros. Lo explica así:

Cuando nuestro primer encuentro con algún objeto nos sorprende y nos parece novedoso, o muy diferente a lo que conocíamos de antes o a lo que suponíamos que debía ser, esto nos hace asombrarnos y quedarnos deslumbrados por él. Puesto que todo esto puede suceder antes de que sepamos si el objeto nos es conveniente o no, considero que el asombro es la primera de todas las pasiones (1985 350).

Aquí, el asombro aparentemente tiene como premisa su calidad de “primero”: el objeto que se aparece ante el sujeto se encuentra por vez primera, o como si fuera la primera vez. Se trata, por lo

tanto, de una desviación de la experiencia ordinaria; o queda implícito: lo ordinario no se experimenta ni se siente en absoluto. Podemos relacionar este no-sentimiento de ordinariedad con el sentimiento de comodidad, como un sentimiento que una no se siente sentir. Lo que es ordinario, familiar o usual, con frecuencia se resiste a ser percibido por la conciencia. Se vuelve algo que damos por sentado, como el fondo que ni siquiera notamos, y que permite que los objetos destaquen o se vean separados. El asombro es un encuentro con un objeto que no reconocemos; o el asombro funciona para transformar lo ordinario, que ya se reconoce, en lo extraordinario. Como tal, el asombro expande nuestro campo de visión o contacto táctil. El asombro es la precondition de la exposición del sujeto ante el mundo: nos asombramos cuando nos conmueve aquello que observamos.

De modo que el asombro, como una relación afectiva con el mundo, se trata sobre ver el mundo que tenemos enfrente y con el que nos enfrentamos “como si” fuera la primera vez. ¿Cuál es el estatus del “como si”? ¿Requiere dicho impulso a asombrarse una borradura de la historia, mediante el olvido de que una ha visto antes el mundo, o incluso que el mundo precede al impulso de asombrarse? Se podría suponer que el “como si” funciona como una forma radical de subjetivismo, en la cual el sujeto se olvida de todo. Pero yo sugeriría que el asombro nos permite ver las superficies del mundo como construidas y, como tal, el asombro abre la historicidad, más que suspenderla. La historicidad es lo que queda oculto por la transformación del mundo en “lo ordinario” en algo que ya es familiar o reconocible. La ordinariedad del mundo es un efecto de la reificación, como nos ha mostrado Marx. Yo describiría el marxismo como una filosofía del asombro: lo que aparece ante la conciencia, como objetos de percepción, no es simplemente algo dado, sino que es un efecto de la historia: “Incluso los objetos de la más simple ‘certeza sensorial’ se le dan [al hombre] solo a través del desarrollo social, la industria y el intercambio comercial” (Marx y Engels 1965 57; véase también Gramsci 1971 422-3).

La sorpresa del asombro es crucial para la manera en que mueve los cuerpos. Luce Irigaray subraya la relación entre el asombro y el movimiento: “El asombro es la fuerza impulsora de la movilidad en todas sus dimensiones” (1993 73). A veces, lo que pensamos y cómo nos sentimos queda contenido dentro de la reproducción de lo ordinario. No sucede nada notable, y la repetición,

aunque crea deseo, en ocasiones solo sigue y sigue. Pero entonces algo pasa, algo fuera de lo ordinario –y por tanto relativo a lo ordinario– y ese algo nos sorprende. La literatura filosófica sobre el asombro no se ha centrado en éste como una experiencia corporal, sobre todo porque se lo ha asociado con lo sublime y lo sagrado, como un afecto que imaginamos que deja atrás la materialidad del cuerpo. Pero para mí, la expansión del asombro es corporal. El cuerpo se abre a medida que el mundo se abre ante él; el cuerpo se desenvuelve en el desenvolverse de un mundo al que nos acercamos como si fuera otro cuerpo. Esta apertura no está libre de riesgo: el asombro puede cerrarse si aquello a lo que nos acercamos no es agradable o rompe la promesa de esa apertura. Pero el asombro es una pasión que motiva el deseo de seguir buscando; mantiene viva la posibilidad de la frescura, y la vitalidad de una vida que puede vivirse como si fuera la primera vez. Esta calidad de primera vez del asombro no es el presente radical: un momento que es vivible solo en tanto queda desconectado de anteriores actos de percepción. Más bien, el asombro involucra la radicalización de nuestra relación con el pasado, que se transforma en lo que vive y respira en el presente.

El asombro es lo que me condujo al feminismo, lo que me dio la capacidad para nombrarme como feminista. Sin duda, cuando entré en contacto por primera vez con el feminismo y comencé a leer mi propia vida y las vidas de otros de manera diferente, todo se volvió sorprendente. En esa época, se sentía como si estuviera alejándome de la conciencia falsa, aunque ahora veo que no estaba ingresando en la verdad como tal, sino solo en una lectura que explicaba mejor las cosas. Me sentía como si viera el mundo por vez primera, y que todo lo que daba por sentado –como un asunto de la manera en que eran las cosas– había llegado a ser con el tiempo y era contingente. El dolor y la indignación cobran vida mediante el asombro, pues éste nos ayuda a darnos cuenta de que lo que duele y lo que causa dolor, y lo que sentimos que está mal, no es necesario, y puede deshacerse así como hacerse. El asombro inyecta energía a la esperanza de transformación y a la voluntad para la acción política.

[...]

La política de la enseñanza de los Estudios sobre la Mujer, en la que la pedagogía feminista se vuelve una forma de activismo como manera de “moverse”, está ligada con el asombro, con la generación de sorpresa ante la manera en que el mundo ha llega-

do a adoptar la forma que tiene. La enseñanza feminista (y no el enseñar feminismo) comienza con esta apertura, esta pausa o titubeo, que se niega a permitir que lo que se da por sentado se otorgue. En el aula de Estudios de la Mujer, las estudiantes tal vez respondan primero con un sentido de seguridad (“Así es el mundo”), después con incredulidad (“¿Cómo puede ser que así sea el mundo?”) y finalmente con asombro (“¿Cómo es que el mundo llegó a adoptar esta forma?”). El asombro crítico que implica el feminismo se refiere al afecto problematizador de ciertas preguntas: “¿cómo ha tomado el mundo la forma que tiene?”, pero también “¿por qué las relaciones de poder son tan difíciles de transformar?”, “¿qué significa estar investida en las condiciones de subordinación y de dominación?”, y así sucesivamente. (2015 271-273).

Avanzando en el tiempo, *Queer Phenomenology* (2006) daba fin a la cuestión sobre la desorientación y los objetos queer con una reflexión sobre el asombro:

Pensemos en la novela *La Náusea* de Sartre (1963). Una novela bastante queer, diría, puesto que trata sobre cómo las cosas se convierten en oblicuas. *La Náusea* podría ser considerada una descripción fenomenológica de la desorientación, de alguien que pierde su asidero en el mundo. Lo que choca de esta novela es hasta qué punto esta pérdida de contacto con el mundo está enfocada en objetos que se reúnen: “Es preciso decir cómo veo esta mesa, la calle, la gente, mi paquete de tabaco, ya que *estas* son las cosas que han cambiado” (1983 9). Aquí, de nuevo, la mesa aparece en primer lugar como un signo de la orientación de la escritura. Escribir una historia de desorientación empieza con una mesa que se convierte en “queer”. Son las cosas que están reunidas de la manera en que lo están lo que revela la desorientación, como un horizonte en torno al cuerpo, y los objetos que están suficientemente cercanos incluyendo la mesa.

La desorientación puede ser descrita aquí como el “devenir oblicuo” del mundo, un devenir que es a la vez interior y exterior, como lo que es dado o cómo a lo dado se le da un nuevo ángulo. La pregunta crucial sigue siendo si la extrañeza reside en el cuerpo o en el objeto. En primer lugar parece que es “el cuerpo” quien está desorientado, que “las cosas” se han “desvanecido” porque él se está desvaneciendo o “perdiendo la cabeza”. Si los objetos son extensiones de los cuerpos, de la misma forma que los cuerpos son

incorporaciones de objetos, ¿cómo podemos localizar el momento queer en una instancia u otra? Después en la novela, el “interior” y el “exterior” no se mantienen en su sitio: “La náusea no está en mí; la siento allí, en la pared, en los tirantes, en todas partes a mi alrededor. Es una sola cosa con el café, soy yo quien está en ella” (Sartre 1986 16). Las cosas devienen queer precisamente debido a cómo los cuerpos son tocados por los objetos, por “algo” que sucede, donde lo que está “ahí” está también “aquí” o incluso en “lo que yo estoy”. La historia continúa:

*Algo me ha sucedido: no puedo seguir dudándolo. Vino como una enfermedad, no como una certeza ordinaria o una evidencia. Se instaló solapadamente, poco a poco; yo me sentí algo raro, algo molesto, nada más. [...] Por ejemplo, en mis manos hay algo nuevo, cierta manera de coger la pipa o el tenedor. O es el tenedor el que ahora tiene cierta manera de hacerse coger; no sé. Hace un instante, cuando iba a entrar en mi cuarto, me detuve en seco al sentir en la mano un objeto frío que retenía mi atención con una especie de personalidad. Abrí la mano y miré: era simplemente el picaporte (1983 10).*

Empecemos con el “me” como el lugar donde algo pasa, una pequeña rareza, una pequeña extrañeza que aparece a lo largo del tiempo como si tuviera vida propia. El hacerse extraño del cuerpo no permanece “conmigo”. Porque si son mis manos las que son extrañas, luego son mis manos expresándose a sí mismas en un gesto. Semejantes gestos son precisamente donde mis manos se encuentran con objetos, donde dejan de estar separadas y recogen cosas. Por tanto, ¿es mi mano o el tenedor lo que es diferente? Lo que es tan fascinante para mí de esta explicación del “devenir queer” es cómo la extrañeza que parece residir en alguna parte entre el cuerpo y los objetos cercanos es a la vez lo que insufla vida a esos objetos y lo que los hace bailar. Normalmente el picaporte está siendo en relación con su función (permitir al cuerpo abrir la puerta) y es “solo eso”. Pero cuando el picaporte es percibido como algo diferente a lo que se supone hacer, entonces adquiere una cualidad tangible, agradable a los sentidos, un “objeto frío” o incluso con “personalidad” (2006 162-164).

He estado reflexionando más sobre la conciencia feminista en relación con cómo los objetos cobran vida. Algunos objetos que están reunidos como colecciones de la historia (objetos caseros como picaportes, bolígrafos, cuchillos, tenedores, pero también mesas, sin

duda, amo las mesas) son, de alguna manera, pasados por alto. Ver estos objetos como por primera vez les permite respirar no a través del olvido de su historia, sino permitiendo que la historia cobre vida. Dicho de otra forma, (re)encontrarse con objetos como cosas extrañas no es perder de vista la historia, sino negarse a hacerlos pasar a la historia al perderlos de vista. Dicho asombro dirigido a los objetos a los que nos enfrentamos, así como a los que están detrás de nosotras no significa poner en pausa lo familiar sino que permite a lo familiar bailar con la vida.

Tal vez en este capítulo pueda escribir sobre el feminismo como una forma de sorpresa: una forma de ser sorprendida por el mundo o encontrando el mundo sorprendente.

No estaríamos reflexionando únicamente sobre la afinidad que las feministas tienen con los objetos (aprendimos esto por cómo las mujeres pueden ser tratadas “como mobiliario”, esto es, cómo las mujeres pueden ser colocadas en el fondo o convertirse en cosas que deben ser pulidas para brillar) aunque estaríamos reflexionando al respecto. Y no estaríamos hablando únicamente sobre la sorpresa como una sensación positiva o como la comprensión de las posibilidades previas a su pérdida, aunque podríamos hablar de ello. Podríamos también estar pensando sobre las afinidades entre un cuerpo y las cosas cuando una vida no está funcionando. Cuando un cuerpo no está ajustado a un mundo, emergen cosas que sino permanecerían ocultas. La afinidad se acostumbra a pensar en términos de ajuste. Sin embargo, cuando no estamos ajustadas, cuando las cosas no se dan de manera sencilla, las cosas pueden cobrar vida. Podemos ser sorprendidas por las cosas. Lo que sugiero aquí es que una afinidad feminista es posible al ser sorprendidas o ser sorprendentes: se puede compartir una cualidad en ese preciso instante en el que el cuerpo y la cosa no están ajustadas entre sí. Necesito trabajar más para explicar lo que quiero decir aquí. Sé lo que quiero decir aquí, ¡pero necesito trabajar más para explicarlo!

En *The Promise of Happiness* (2010) reflexioné sobre cómo parece que los objetos caseros cobren vida propia volviéndose amenazantes:

Tomemos como ejemplo la película *Las horas*, dirigida por Stephen Daldry y basada en la novela homónima de Michael Cunningham de 1999, la cual toma su nombre original de *Mrs. Dalloway* (una

reflexión sobre esta novela aquí<sup>12</sup>). *Las Horas* yuxtapone tres generaciones de mujeres y sigue su vida durante un único día; muestra un día ficcionado en la vida de Virginia Woolf (Nicole Kidman), de Laura Brown (Julianne Moore), una ama de casa infeliz que vive en los años 50 mientras hornea una tarta y lee *Mrs. Dalloway*, y de Clarissa Vaughan (Meryl Streep) que está organizando una fiesta como Mrs. Dalloway, esta vez para su ex amante y amigo Richard (Ed Harris) que está muriendo de SIDA.

Quiero centrarme en particular en Laura Brown, nuestra ama de casa infeliz. Es un día. Es el cumpleaños de su marido pero Laura se quiere quedar en la cama con su libro; nos imaginamos que quiere estar en la cama con Virginia. Después, cuando su marido se ha ido, su amiga Kitty llega y le pregunta acerca del libro. Laura habla de Mrs. Dalloway como si estuviera presente; como si compartieran el mismo espacio, el mismo mundo. Dice de Mrs. Dalloway “como aparenta seguridad todo el mundo piensa que está bien. Pero no lo está”. La historia de Mrs. Dalloway se convierte en la descripción del presente de Laura, de lo que la rodea, de su mundo de la vida. Se identifica con Mrs. Dalloway a través del sufrimiento, compartiendo su pena, como una pena que no es directamente revelada, como si dijera: como tú, no estoy bien, como tú, mi vida va de mantener la apariencia de que todo va bien, una apariencia que es a su vez una desaparición.

¿Qué sucede cuando la felicidad del hogar no crea felicidad? Laura intenta hornear una tarta. Rompe un huevo. La ruptura del huevo deviene un gesto común a lo largo de la película y conecta el trabajo doméstico de las mujeres a través del tiempo. Hornear una tarta debería ser un gesto feliz, un trabajo amoroso. Sin embargo, la película revela una sensación de opresión que se cuele en cada acto de romper huevos. No solo esas acciones no crean felicidad sino que te recuerdan tu fracaso de ser feliz: encarnan un sentimiento de decepción. El bol en el que rompes los huevos te está esperando. Puedes notar la presión de dicha espera. El bol vacío parece una acusación. Los archivos feministas están llenos de escenas domésticas en las que los objetos caseros se convierten en amenazantes.

En una escena muy reveladora de *Las horas*, cuando la familia de Laura se reúne en la mesa para celebrar su fiesta con la tarta que finalmente ha horneado, la promesa de la felicidad es evocada. Su

marido explica a la familia cómo se conocieron. Dice: “Solía pensar sobre traerla a esta casa. A esta vida, una vida como esta. Y era el pensamiento de la felicidad, el pensamiento de esta mujer, el pensamiento de esta vida lo que me permitía seguir adelante. Tenía una idea acerca de nuestra felicidad”.

Mientras está hablando caen lágrimas por la mejilla de Laura. Su tristeza está en estricta relación con la idea de felicidad, con lo que le permite seguir adelante y con el mundo creado para ella. Laura explica al final de la película cómo acabó por dejar a su marido e hija: “Sería maravilloso decir que te arrepentiste, habría sido sencillo. Pero qué significa esto. Qué significa arrepentirse cuando no tuviste elección. Es lo que puedes soportar. Ahí está. Nadie va a perdonarme. Era la muerte. Yo escogí la vida”. Una vida basada en la premisa de “una idea sobre nuestra felicidad” sería insopor- table. Dicha felicidad significaría la muerte. No deja esta vida por la felicidad, deja esta felicidad por la vida (2010 76-78).

El bol vacío que parece una acusación puede ser el inicio de una vida feminista. Una vida feminista puede ser la manera en la que entramos en contacto con las cosas. Qué asombroso.

## NOTAS

1. Realizo la última revisión de este artículo inmediatamente después de regresar de una estancia de docencia e investigación con la profesora Kemy Oyarzún en la Universidad de Chile en el mes de octubre del 2019. Esta estadía ha sido posible gracias a la financiación de la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo y se ha realizado en el marco de la Red de Imaginarios Críticos e Interseccionalidad (RE-DICI). Me gustaría expresar mi profundo agradecimiento a la profesora Oyarzún y a Nicole Araya por haber generado este intercambio intelectual y afectivo, así como al alumnado de la maestría, a Carolina González y otras académicas del CEGECAL por enriquecer este período.
2. El siguiente texto es una traducción del post “Notes on Feminist Survival”, a cargo de Mayte Cantero Sánchez con permiso de la autora y publicado originalmente en el blog <https://feministkilljoys.com/>, el 27 de marzo de 2018.
3. N. de la T.: Se ha escogido el uso del femenino genérico a lo largo del texto para agilizar la lectura puesto que es una pieza prolífica en adjetivos (con marca de género en español). Sin embargo, cabe subrayar que tanto el planteamiento de Sara Ahmed como la posición de la traductora comprende que las subjetividades trans\*, no binarias y queers son parte esencial de los feminismos.
4. N. de la T. La palabra en la versión original es “shatter”, que significa romper en

- mil pedazos, hacer añicos. Sara Ahmed emplea términos como “shatter” o “snap” (en el siguiente texto) que denotan rupturas muy sonoras y llamativas.
5. N. de la T.: la autora usa reiteradamente el término “snap”, que significa quiebre, rotura, chasquido, cerrar algo de golpe. Es un término que denota una ruptura acompañada de un sonido y un cambio de estado.
  6. Saba Mahmood fue una profesora de antropología de la Universidad de Berkeley en California. Murió en marzo del 2018. De origen pakistaní, sus trabajos son imprescindibles para pensar el género, la religión y el secularismo, las políticas religiosas y las relaciones entre la población musulmana y no musulmana en Oriente Medio.
  7. N. de la T.: juego intraducible de palabras. “Snap” o quiebre, ruptura, chasquido, deriva de “sap”, que significa débil.
  8. N. de la T. En su obra *Sister Outsider*, traducido al español como “La Hermana, la extranjera”, se refiere en numerosas ocasiones a ese dragón que simboliza Estados Unidos.
  9. N. de la T. El siguiente texto es una traducción del post “Feminist Wonder”, a cargo de Mayte Cantero Sánchez con permiso de la autora y publicado originalmente en el blog <https://feministkilljoys.com/> el 28 de julio de 2014.
  10. N. de la T. En 2018 se publicó la traducción al español de este libro: *Vivir una vida feminista*, traducido por Javier Saez y que apareció en la editorial Bellaterra.
  11. N. de la T. En 2015 se publicó una traducción en el Servicio de Publicaciones PUEG-UNAM: *La política cultural de las emociones*. En adelante, cuando se cite este libro se reproducirá la traducción ya realizada.
  12. Se puede encontrar una reflexión sobre esta novela aquí: <https://feministkilljoys.com/2014/04/08/dated-feminists/>

## BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, Sara. *La política cultural de las emociones*. Trad. Cecilia Olivares Mansuy. México, D.F.: Servicio de publicaciones del Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, 2015.
- . *Queer Phenomenology: Orientations, Objects, Others*. Durham: Duke University Press, 2006.
- . *The Promise of Happiness*. Durham: Duke University Press, 2010.
- SARTRE, Jean Paul. *La Náusea*. Trad. Aurora Bernárdez. Barcelona: Seix Barral, 1983.